

“Debemos rezar por ellos en el dolor”.

Textos sobre la misericordia de Isaac de Nínive, en las raíces de una Iglesia que sufre

Fco. José López Sáez
UNIVERSIDAD PONTIFICA DE COMILLAS
MADRID

RESUMEN El artículo presenta una antología de textos de Isaac de Nínive sobre el tema de la misericordia. En una primera parte, hace un sondeo de las dimensiones fundamentales de su teología de la misericordia, enumerando diversos aspectos y reuniendo textos provenientes de las tres colecciones de sus obras, prestando especial atención a las oraciones compuestas por Isaac. En una segunda parte, ofrece la traducción de un texto fundamental sobre la actitud de misericordia y los peligros del falso celo, tomado de la 1ª Colección de sus escritos.

PALABRAS CLAVE Isaac de Nínive, cristianos perseguidos, misericordia, humildad, vida eremítica, espiritualidad cristiana de oriente.

SUMMARY *This article offers an anthology of Isaac of Nineveh's texts about mercy. In the first part, we sound out the basic underpinning of his Theology of Mercy by setting out its different approaches and bringing together the texts taken from the three collections of his works, giving special attention to the prayers composed by him. Secondly, we offer the translation of a fundamental text about the attitude of mercy and the dangers of false zeal found in the First Collection of his writings.*

KEYWORDS *Isaac of Nineveh, Persecuted Christians, Mercy, Humility, Monastic life, Oriental Christian spirituality.*

En este año dedicado a la misericordia, es urgente escuchar la voz de los cristianos perseguidos. Toda Iglesia se resume en sus santos, y un maestro verdaderamente espiritual habita siempre en la raíz de su Iglesia. Es el caso de Isaac de Nínive, que fecunda las raíces, no sólo de la Iglesia Caldea

de Oriente, sino de la espiritualidad oriental en general, y además en todas las Iglesias, confesiones y amplitudes de la ecumene cristiana¹ e incluso más allá de ella, en el mundo musulmán, de cuya expansión en tierras persas fue contemporáneo.

Me ha parecido, por tanto, conveniente ofrecer una antología de textos sobre la misericordia del gran místico de la Iglesia de Oriente del siglo VII, comentados con otros textos suyos, especialmente de carácter orante. En primer lugar para unirnos a su intercesión por los cristianos que sufren en las mismas tierras que recibieron su magisterio: “debemos unirnos a ellos en el dolor”, reza una oración suya. En segundo lugar porque, dada la ausencia de ediciones en castellano de las obras del obispo-monje de Nínive², resultará útil reunir en un artículo, aunque sea de manera sumaria y con apenas espacio para el estudio y la confrontación³, algunas perlas de Isaac sobre el tema de la misericordia, para dejar que sea su propia voz la que impacte y fecunde también en nuestra lengua nuestra meditación y catequesis cristiana.

Mi esfuerzo se asemejará al de aquel que recoge unas gotas de lluvia en un gran océano. La de Isaac de Nínive, en efecto, es una obra oceánica, tanto por su amplitud, recientemente enriquecida con el descubrimiento y

1 “Isaac de Nínive (o Isaac el Sirio), es uno de los máximos espirituales del oriente cristiano, que ha ejercitado incesantemente su influencia no sólo en el mundo siríaco (del Líbano al sur de la India), sino también sobre las otras Iglesias precalcedonienses (de Armenia a Etiopía), y sobre todo en la esfera greco-eslava, gracias a la traducción griega de su obra, hecha en el siglo IX por dos monjes de San Saba, en Palestina. La presencia de Isaac es particularmente determinante en la espiritualidad, en la filosofía religiosa y en la literatura rusa de los siglos XIX y XX, sobre todo en Dostoievski (...). Isaac nació en Bet Qatraye, la actual Qatar, a orillas del Golfo Pérsico. Convertido en monje, fue reconocido como maestro espiritual y consagrado Obispo de Nínive, en la iglesia siríaca nestoriana, entre el 660 y el 680. Pero tras cinco meses huye a la montaña, permanece durante largo tiempo en soledad, y después se establece en el monasterio de Rabban Shabur, donde, vuelto ciego ‘a fuerza de lecturas y de austeridad’, dicta sus obras a algunos discípulos que estaban impresionados por ‘su humildad y dulzura’. Su pensamiento (...) sintetiza las grandes corrientes espirituales del cristianismo antiguo: Evagrio, que habla del intelecto, el Pseudo-Macario, que pone el acento en el corazón, Orígenes, con su nostalgia de una salvación universal”, O. CLÉMENT, *Nuova Filocalia* (Magnano 2010) 478-479.

2 He preparado una primera edición en castellano eligiendo la antología de S. CHIALÀ: ISAAC DE NINIVE, *El don de la humildad* (Salamanca 2006).

3 Un estudio exhaustivo sobre la vida y el pensamiento de Isaac, así como sobre los avatares del descubrimiento y edición capilar de su obra en diversas lenguas, con un extenso repertorio bibliográfico, es el de S. CHIALÀ, *Dall'ascesi eremitica alla misericordia infinita. Ricerche su Isacco di Ninive e la sua fortuna* (Biblioteca della Rivista di Storia e Letteratura Religiosa, Studi 14), LEO S. ÖLSCHKI (ed.) (Firenze 2002). Un amplio estudio de los temas espirituales del Ninivita, que no utiliza todavía la IIIª Colección recientemente descubierta, I. ALFEEV, *La forza dell'amore. L'universo spirituale di Isacco il Siro* (Magnano 2003).

edición de dos nuevas colecciones⁴, como por el estilo de su dictado y el viaje espiritual al que nos invita: una inmersión en las profundidades de la misericordia y un vuelo las alturas del silencio contemplativo, donde el orante comparte con el mundo de los ángeles y de los santos el continuo estupor ante los misterios del mundo futuro.

I. EL ABISMO DE LA MISERICORDIA DIVINA EN ISAAC DE NÍNIVE. ANTOLOGÍA COMENTADA

La obra de Isaac de Nínive se presenta como una serie de infinitas variaciones sobre el tema de la misericordia divina⁵. Paradójicamente, la vocación del solitario es la compasión universal, y el itinerario espiritual que Isaac propone no es una regla normativa, sino una espiral de misericordia en la que el monje, en nombre de todo bautizado⁶, se va dejando arrastrar hasta penetrar en el misterio de la resurrección final, que es la misericordia realizada y extendida a toda la creación. Apenas encontraremos un solo dictado del monje eremita carente de referencias al amor de Dios, su misericordia hacia el pecador, la humillación de Cristo en su economía o la humildad necesaria al solitario para hacer llegar la compasión divina hasta el límite extremo de la desesperanza humana, e incluso cósmica, en todas las situaciones:

4 Las citas se refieren a las siguientes ediciones: I, *Primera Colección*: MAR ISAACUS NINITIVA, *De Perfectione Religiosa*, P. BEDJAN (ed.), Harrassowitz, Parisii-Lipsiae 1909 (el número romano que sigue indica el número del Discurso, y el número arábigo la página en esta edición); II, *Segunda Colección*, ISAAC THE SYRIAN, *The Second Part*, SEBASTIAN BROCK (ed.), CSCO, 554-555, *Scriptores Syri*, n. 224 y 225 (Louvain 1995); III, ISACCO DI NINIVE, *Terza Collezione*, SABINO CHIALÀ (ed.), CSCO, 637-638, *Scriptores Syri*, n. 246-247 (Louvain 2011) (para la citación de estas dos Colecciones, el primer número romano indica la Colección, el segundo el número del Discurso, y el número arábigo el del párrafo).

5 Cf. P. BETTILO, "Avec la charité comme but". Dieu et création dans la méditation d'Isaac de Ninive": *Irénikon* 63 (1990) 323-345.

6 III, VII,35: "Señor mío, tú no me has plasmado como un vaso de alfarero, que una vez roto no puede ya ser restaurado, y una vez magullado no puede ya volver a obtener el pulimento de cuando era nuevo. Sino que, en tu sabiduría, me has plasmado como un objeto de oro y de plata, que cuando se ennegrece, gracias a aquel refinador que es la pasión de la compunción, vuelve a adquirir el color del sol y a estar resplandeciente, y, por medio del crisol de la conversión, es devuelto a su condición de un tiempo. En ti está el artesano que limpia nuestra naturaleza y la renueva. Yo he manchado la belleza del bautismo y estoy sucio, pero en ti recibiré una belleza mejor; en ti está la belleza de la creación que tú has devuelto a aquella belleza que le había sido robada en el paraíso terrestre".

En otra ocasión el mismo Padre fue interrogado: ¿qué es el arrepentimiento? Respondió: un corazón quebrantado. ¿Y qué es la humildad? Replió: abrazar una mortificación voluntaria respecto a todas las cosas. ¿Y qué es un corazón misericordioso (mrahmana)? Respondió: un corazón que arde de amor por toda criatura: por los hombres, por los pájaros, por el resto de los vivientes, por los demonios y por todo cuanto existe; de modo que con su solo recuerdo o con su vista sus ojos se vierten en lágrimas por la vehemencia de la misericordia, que mueve el corazón a una abundante compasión. Con ella el corazón es punzado de tal manera que no puede soportar el escuchar u observar ninguna injuria o sufrimiento, por insignificante que sea, causado a una criatura cualquiera. Y por esta causa, incluso por los seres irracionales⁷ y por los enemigos de la verdad, e incluso por aquellos que le insultan, él ofrece en todo momento oraciones con lágrimas para que sean custodiados y fortalecidos; reza incluso por las criaturas de los reptiles, por causa de la abundante misericordia que ha sido derramada sin medida en su corazón (cf. Rm 5,5), según el mismo ejemplo de Dios⁸.

La misericordia desborda en cada línea de este monje ciego de tanto estudio de la Palabra y de los Padres, derramándose constantemente en sus palabras, encendidas por la ebriedad de la fe: “Ellos se embriagan de vino y [así] su Intelecto se distrae de la pena de sus almas, nosotros en cambio nos embriagamos del amor de Dios, y en nuestra ebriedad distraemos [lejos de nosotros] las realidades corruptibles de aquí abajo”⁹. La *sobria ebrietas* es la

7 Literalmente: “que no están dotados de palabra”.

8 I, LXXIV, p. 507.

9 III, VI, 56. O este otro texto: “Durante todo el tiempo en que los sentidos vagan firteando por los asuntos del mundo, no es posible que el corazón encuentre reposo de sus imaginaciones. No desaparecen las pasiones, no terminan los malos pensamientos sin el desierto y la soledad. En efecto, hasta que el alma no haya conseguido la ebriedad de la fe en Dios con la capacidad de percibir su poderosa energía, no estará curada la enfermedad de los sentidos y no será posible tener con fuerza bajo los pies la materia visible, que hace de pantalla a aquello que es interior y no puede ser percibido”, I, I, p. 2. No se trata en su teología ascética de un desprecio de los sentidos, sino de hacer posible que la sensibilidad remita a la dimensión de la interioridad y de lo inteligible. Porque la sensibilidad está enferma y se convierte en pantalla que impide profundizar en el sentido simbólico, hay que comenzar pisando fuerte la materia, no sólo para demostrar nuestro dominio, sino para hundir bien los pies en la raíz de las cosas, evitando la dispersión superficial y el flirteo. Los sentidos no son negados, tanto es así que han de pasar a la dimensión espiritual, con una plenitud que supone una ebriedad desbordante: los sentidos mismos vienen saturados por la energía poderosa de la fe. Como si la fuerza de la fe, que desborda el control

conductora de su itinerario. Por eso, más que etapas, Isaac propone visiones globales, vetas o abismos que sondear en la *praxis* y en la *theoria* contemplativa. Su camino va de misericordia en misericordia, bajo la guía constante de la consideración de la Economía del amor divino, que encuentra su centro en la *kénosis* de Cristo, como resume este hermoso texto del Discurso V de la *Tercera Colección*, bello y profundo desarrollo teológico sobre el tema de *Dios y la creación*:

11. Gloria a ti, Creador nuestro y Señor nuestro, que, mediante una firme contemplación de tu amor, me has colmado de consuelo y de gozo, has ensalzado mi pensamiento elevándolo de las profundidades de la tierra, y lo has acogido en el trono de tu Esencia, para que caminase absorbido en la riqueza de tu naturaleza y admirase los misterios inefables de tu amor, alejándose de la multiplicidad de las realidades parciales de la creación y ascendiendo hacia el lugar de su Creador.

12. Su visión invisible me embriaga, y su gloria me llena de admiración; sus misterios me estimulan al deseo; su amor me envuelve en estupor. Él me pone delante sus misterios y me muestra su riqueza; y, cuando me parece que mi camino ya ha llegado a su término, [sus misterios] continúan emanando sobre mí, porque son más gloriosos que las estancias que [ya] he atravesado. Y aún, cuando me parece que me he adelantado hasta lo más íntimo de ellos, me vuelvo para mirarlos y he aquí que se han convertido ante mí en un océano inmenso, cuya travesía es infinita y dulce su contemplación; y con el repetirse de [todo] esto, he aquí que sus revelaciones han cambiado, sus misterios se hacen más grandes y sus visiones se transforman en la mente.

13. Si [ya] el conjunto de sus misterios relativos a lo que [él] ha obrado por nosotros y por nuestra naturaleza es infinito, ¿quién se aventurará hacia los [misterios] de su naturaleza? ¿Y dónde, todavía, alcanzaremos otra naturaleza que sea, en su comprensión, más poderosa que la de los ángeles, para que no nos alejemos de su conocimiento? Si

inmanente de una razón calculadora, sólo pudiera expresarse con la analogía de la embriaguez. La fe producirá una sensibilidad exultante y fortalecida, la misericordia renueva radicalmente la sensibilidad herida por el egoísmo del pecado.

en aquello en lo que, aun habiéndolo visto y tocado (cf. 1 Jn 1,1), los senderos de su Economía se sustraen a la comprensión ante el curso de nuestro Intelecto, por causa de la admiración [que suscitan], ¿qué sucederá con sus realidades invisibles?

14. ¡Oh amor desmesurado de Dios por el mundo que ha ordenado y constituido! ¡Miremos a este misterio con una comprensión indecible! Para que fuese conocido que [Dios] no ha unido la creación a [su] Esencia porque tuviera necesidad de ella, sino para acercarla a sí, para hacerla participar de su riqueza, para otorgarle aquello que [a él] le pertenece y para darle a conocer la bondad eterna de su naturaleza, le ha concedido la magnificencia y la gloria de la propia divinidad. [De modo que], en lugar del Dios invisible, la creación visible fuera llamada “Dios”; y, en lugar de aquello que es increado y que está más allá del tiempo, él ha coronado con el nombre de la Trinidad a la criatura y a aquello que está sujeto a un inicio. A la criatura que ha constituido le ha concedido por tanto aquel nombre [tan] digno que las bocas de los vigilantes no son [lo bastante] puras para santificar su magnificencia.

15. Este es el “vaciamiento” del que se habla en la divina Escritura; este es aquel “se vació a sí mismo”¹⁰ del que habló el bienaventurado Pablo con admiración indecible, cuya exégesis es la comprensión de la historia del amor divino. [Dios], en efecto, ha amado [a la creación] toda entera, hasta el punto de que la creación es llamada “Dios”, y el nombre de la grandeza [de Dios] se convierte en el nombre de la creación.

16. “¡Es grande este misterio!”¹¹ No sé de qué modo he concebido yo el nadar¹² en este océano inmenso, ni quién me ha dotado de estos brazos poderosos, que, ¡oh maravilla!, son capaces de bracear suavemente en el abismo inexplorable sin fatigarse. Antes bien, cuanto más ven que el océano es extenso y su límite invisible, tanto más son revestidos de

10 Flp 2,7.

11 Cf. Ef 5,32.

12 Del verbo *skha'*: sumergirse, ser bautizado. Señalo las connotaciones bautismales de esta imagen de Isaac.

suavidad; y, en vez de la fatiga, es alegría lo que brota del interior del corazón. Y, aún más, no soy consciente de cómo he sido hecho digno de esta gracia, la de poder formular en palabras la interpretación del amor (*hubba*) divino, de aquella realidad que es indecible en una lengua creada. Incluso los seres angélicos son [demasiado] débiles para subir a la altura de su contemplación, y demasiado pequeños para retener en sus pensamientos la entera riqueza de su amor.

Merece la pena sondear con el santo solitario, acompañándole en su apasionada oración, algunas de sus vetas de misericordia, aunque sólo sea elaborando un breve elenco de sus temas recurrentes:

– Descenso a la propia miseria hasta las lágrimas¹³ y, desde aquí, confiada oración al Padre de la misericordia en extática alabanza por su amor creador de antes de los tiempos. La Trinidad es la raíz de la misericordia, y la creación existe porque es llamada a participar como criatura divinizada en la intimidad de la comunión eterna de la vida divina:

1. Aunque hubo un tiempo en el que la creación no tenía todavía existencia, no hubo, sin embargo, un tiempo en el que Dios no experimentase amor hacia ella¹⁴; porque, si bien ella no era todavía, no hubo, en cambio, para Dios un tiempo en el que la creación no habitase en su conocimiento. Y aunque ella no tenía todavía capacidad de

13 III, VII,36: "Nuevo sol, alimenta una lámpara en mi pensamiento oscuro. Oh Cristo, que conmueves el llanto de la creación, dame tú el llanto escondido y aquellas lágrimas, más interiores que las de los ojos, que brotan del discernimiento del pensamiento. Estas lágrimas no corren por un impulso del cuerpo, sino por el ardor de la conversión escondida. Ardor que conduce a la verdadera alegría, más íntima que el cuerpo, y a la consolación que enmudece la boca y nutre el corazón con un alimento desacostumbrado, y lo establece, en el interior del cuerpo, como testimonio verdadero capaz de atestiguar en todo momento la gracia del perdón de sus pecados, que el corazón recibe por medio de la misericordia".

III, VII,37: "Mis pecados, oh Señor mío, son muchos, pero tu benevolencia es más grande que mis pecados. Mis impiedades aumentan, pero no son comparables a tu misericordia. Cuando sucede que mis deudas aumentan, yo veo, oh Señor mío, que tu amor es más grande que mis faltas, y quedo reducido al silencio por cuanto he osado hacer. Me encuentro puesto a prueba por las visitas que haces en mí, y me quedo absorto, lleno de maravilla, porque soy recompensado por tí de modo contrario a lo que merecería".

14 Se podría traducir: "no fuera rico por su amor hacia ella".

conocer¹⁵, porque aún no había sido creada, Dios [la] conocía desde siempre, en todas sus partes y sus naturalezas. Le hizo, en fin, don de la existencia en el tiempo de su beneplácito¹⁶.

2. El amor verdadero de Dios hacia la creación se reconoce en el hecho de que, después de haber llevado a término su estructura en todas sus partes, la ha reunido toda ella en una sola entidad integral ‘sus realidades sensibles y sus realidades inteligibles por un mismo nexo’; la ha unido [después] a su divinidad; la ha hecho ascender por encima de todos los cielos; la ha hecho sentarse sobre un trono eterno, y la ha convertido en Dios sobre todo¹⁷.

– Purificación del corazón por la visita del Espíritu más que por el esfuerzo del asceta, lo cual conduce a una profunda humildad, siempre celebrada como criterio de discernimiento, tras las huellas de Jesús Humilde, de la auténtica vida espiritual. Porque “todo aquello que está en la humildad es bello”¹⁸:

¡Crea en mí ojos nuevos, tú que le has creado al ciego unos ojos nuevos (cf. Jn 9)! Cierra mis oídos exteriores y ábreme los oídos escondidos; aquellos que oyen el silencio y obedecen al Espíritu, para que por tu Espíritu yo escuche la palabra del silencio, aquella que se eleva en el corazón y no está escrita, que se mueve en el intelecto y no es pronunciada, aquella que es proferida por los labios del Espíritu y es entendida por el oído incorpóreo. Océano de piedad, comienza a lavarme de la impureza de la naturaleza y vuélveme conforme a tu santidad¹⁹.

15 Si un día la criatura puede ejercitar el acto del conocimiento, es porque antes ha sido conocida. La oscuridad de su existencia habrá de bañarse de la luz de lo inmemorial. La criatura habrá de reconocer que su ser es creación, obra y proyecto de otro, plasmación del conocimiento de Dios, que la conoce y la quiere libre y autónoma para unirla a él en el amor eterno; y apoyada en toda esta profundidad enigmática de su creación, responder con su conocimiento al don de Dios. Del amor de la pre-eternidad en el seno de Dios al amor eterno de la creación unida a Dios, todo el eón del tiempo y de la libertad, de la kénosis de Dios en la misericordia y la transfiguración de la criatura.

16 Literalmente: “el tiempo que era bello para él”. Es la *eudokía* del Padre.

17 Isaac conjuga el proyecto de la divinización de la criatura en tiempo perfecto: es el propósito divino, contemplado por el místico como ya realizado en la eternidad de Dios. De aquí su mirada anamnética, integral, litúrgica, “desde el futuro”, a la creación *in fieri*. Ejemplar ejercicio de *theoría fusiké*, en la escuela de Evagrio Póntico.

18 I, XII.

19 III, VII,34.

Oh Cristo, puerta de los misterios, hazme capaz de percibir tus misterios. Que por medio de ti, Señor mío, pueda yo entrar junto al Padre y adquirir las mociones de la gracia del Espíritu santo. Oh Cristo, llave de los misterios y fin de los misterios: por medio de ti, Señor mío, nos ha sido abierta la puerta de los misterios que desde los siglos estaban escondidos en el Padre. En tu Economía, en efecto, está escondido el océano de todos los misterios²⁰.

Bajo la protección de la Humildad que me ha creado, mientras crezco en tu conocimiento por la ayuda que me viene de tu gracia, yo adoro la luz grande de la creación, Cristo Jesús (cf. Jn 8,12), alumbrada a su tiempo, según la inteligencia inefable del Dios creador de todo. Inteligencia que ha pensado, antes de las épocas de todos los tiempos, enviar sobre la tierra la magnificencia de la creación y su gozo: la Luz unigénita que viene de la naturaleza de aquella inteligencia, que ha llegado a plenitud en el cumplirse de este mundo, y se eleva en nuestros corazones (cf. 2 Pe 1,19; 2 Co 4,6), y de la cual, en el momento correspondiente al beneplácito de su voluntad, nos ha hecho conocer la grandeza²¹.

– Consideración en largas horas de escucha del sentido espiritual de la Palabra divina²², que narra y hace presente la Economía culminante en la pasión de Cristo. Palabra y meditación de la pasión son para Isaac el alimento de la conversión a la misericordia:

20 III, VII,31.

21 III, VII,47. O este otro texto, III, VII,45: "Sobre todo, Dios mío, guárdame de la necedad del intelecto que piensa cosas erróneas, llenas de insania y dignas de lástima, que ante tu grandeza concibe una opinión abominable respecto a tu esencia. Y concédeme, Señor mío, la humildad de quien conoce la medida de la naturaleza y la miseria de su debilidad; concédeme un pensamiento de conocimiento recto, digno de un ser dotado de razón".

22 I, I, p. 2: "Para poner el fundamento de la virtud, el primero de sus elementos peculiares consiste en recogerse en sí mismo, liberándose de los mil afanes, para seguir las Palabras de luz, que son *los senderos rectos y santos*, como muestra claramente el salmista por inspiración del Espíritu (Sal 25,10). El principio del *camino de la vida* está en aplicar el espíritu a las Palabras de Dios, y en ejercitar la paciencia. Beber de la Palabra de Dios ayuda al perfeccionamiento de la paciencia; por otra parte, la experiencia de un crecimiento en el cumplimiento de la paciencia dará lugar a una necesidad más grande de Palabra. Y la ayuda de ambas conducirá rápidamente a la elevación del entero edificio [espiritual]".

Oh Cristo, tú que estás revestido de luz como de un manto (cf. Sal 103,2), pero estuviste desnudo ante Pilato por causa mía, que la fuerza que hiciste descender sobre los santos y con la que ellos triunfaron de este mundo lleno de combates, me cubra con su sombra (cf. Lc 1,35). Sí, Señor, que tu divinidad encuentre su gozo en mí, y condúceme más allá de este mundo, para estar contigo²³.

Oh Cristo, en quien los querubines de innumbrables ojos no pueden fijar su mirada por causa de la gloria de tu faz, y que, por amor, recibiste puñetazos en tu cara, aparta de mi rostro la vergüenza, y concédeme, en la hora de la oración, que pueda mantenerme con el rostro descubierto ante tí²⁴.

Que la cruz ignominiosa, a la que has subido por causa mía, se convierta para mí en el puente hacia la morada de la paz; que la corona de espinas puesta sobre tu cabeza se convierta para mí en casco de salvación (Ef 6,17) en los días ardientes de la lucha: que los puñetazos recibidos sobre tu cara me preparen un rostro al descubierto delante de tu tribunal, cuando vuelvas de nuevo en tu gloria; que tu santo cuerpo, extendido sobre la cruz, me crucifique al mundo y a sus deseos, por tu amor; que tu vestido echado a suertes desgarre ante mis ojos la vestidura de tinieblas que llevo dentro de mí; que el agua y la sangre que salieron de tu costado se conviertan para mí en la carta de libertad que me libere de la vieja esclavitud; que tu cuerpo y tu sangre, mezclados con mi cuerpo, sean para mí unas arras, la garantía de que no seré privado de verte sin cesar en el lugar que no conocerá fin; que los misterios de la fe que he custodiado sin corrupción en mí me reserven una gloria para el día en el que el mundo estará a punto de acoger tu venida, y que ellos suplan entonces lo que falta a mi conducta insuficiente²⁵.

23 II, V,22.

24 II, V,23.

25 II, V,25.

– Desbordamiento del gozo sin olvidar la sobriedad de la conducta eremítica, considerada como forja vocacional, en el desierto, de una persona bella que evangeliza en el anonimato de una gratuidad total:

¿Quieres entrar en comunión²⁶ con Dios en tu espíritu, experimentando la percepción de aquel gozo que no está sujeto a los sentidos? Persegue la misericordia. De hecho, si aquella santa belleza [de la unión con Dios] se encuentra en tu interior, está pintada con [los colores de la misericordia], aquel elemento que hace semejante a Dios. Todos los actos de la misericordia en su conjunto, sin ningún intervalo de tiempo, [conducen] a la unión con la gloria radiante de la divinidad, participada y asociada al alma²⁷.

Conviene que el solitario sea para todos los que le rodean un espectáculo que incite el ánimo en todos aquellos que lo ven, de modo que, por las muchas bellezas que irradian y se expanden a su alrededor como los rayos del sol, incluso los enemigos de la verdad, lo quieran o no, confiesen que hay una esperanza verdaderamente firme para los cristianos; y así, acudan a ellos de todas partes hacia su casa de refugio (el monasterio), y la cabeza de la Iglesia se vea ensalzada por encima de sus enemigos. De esta forma la gloria de sus obras suscitará en muchos el valor para salir del mundo, y él será para todos objeto de temor sagrado por el esplendor de su virtud. Por causa suya se abrirá la boca de los hijos de la Iglesia, y se alzarán su cabeza por encima de todos los dioses (cf. Sal 97,9; 2 Ts 2,4)²⁸.

– Liturgia solitaria en el santuario de la intimidad personal, donde se pronuncia la epiclesis eucarística del Espíritu sobre la propia persona-en-comunión con el universo humano y el cosmos salvado en esperanza:

Adórnate de virtudes, oh hombre de humilde condición, con el fin de tener el poder de actuar como sacerdote ante la faz de Dios, en

26 *shautep*, participar, ser partícipe, ser común, etc., verbo que tiene resonancias eucarísticas y también matrimoniales.

27 I, I, p. 8.

28 I, XI, p. 119.

la Casa de los Misterios, para ser ungido en ella por el Espíritu, en vistas a la santidad, por causa de la pureza excelente de la que estarás adornado, en la liturgia que tu cuerpo celebra en el exterior, así como en aquella que tu corazón celebra en secreto. Dibuja en tu corazón la figura de la Tienda mística, por fuera y por dentro; recoge tus sentidos en asamblea de virtudes, y celebra en tu corazón ante la faz de Dios, como el sacerdote de un sacrificio inmaculado. Haz la expiación por los pecados de aquellos que están fuera, por causa de las ocasiones próximas que les hacen deslizarse en la falta²⁹.

– Don místico de la intuición del mundo de la resurrección³⁰, en unión de carne y hueso con el cuerpo de Cristo, Sumo Sacerdote que atrae desde arriba intercediendo por la Iglesia y por todos los que sufren el olvido del amor:

Que nos acordemos también ante ti, Señor, de aquellos que sufren enfermedades y cuyo cuerpo está gravemente dolido; envíales un ángel de ternura, y reconforta su alma golpeada por los tormentos violentos de su cuerpo. Ten también piedad de aquellos que se encuentran en manos de hombres perversos, actores del mal y gentes sin Dios, envíales sin tardar un ángel de ternura, y sálvalos de sus manos. Señor mío y Dios mío, envía el consuelo a todos aquellos que se encuentran injustamente en toda suerte de situaciones difíciles³¹.

29 II, XLI,2.

30 II, XI: "3. Con razón, por tanto, el Apóstol nos anuncia una verdadera resurrección en Cristo, y además como una realidad en la cual estamos ya ahora. Esto significa, en efecto, que nosotros estamos resucitados mediante la renovación de nuestra mente. (...) 31. Esta es por tanto la verdadera resurrección, que [se realiza] por medio del conocimiento, de una fe convencida y de la renovación de la mente; [realidades] que han recibido cuantos han sido bautizados en Cristo (cf. Rm 6,3; Ga 3,27), en la esperanza del *mundo futuro* (cf. Hb 2,5; 6,5). El bienaventurado Pablo ha dicho: [*Cristo nos ha hecho resucitar, nos ha elevado y nos ha hecho sentarnos con él en los cielos* (Ef 2,6). Con esto [pretende decir] que cualquiera que haya entrado en el interior de la nube oscura (cf. Ex 20,21) del conocimiento de la fe y haya conocido la fuerza de sus misterios, éste está para siempre en los cielos por medio de su Intelecto, y en misterio se sienta con Cristo, a través de una visión continua de su Economía llena de maravilla. 32. [Economía] que en cada una de sus partes está abundantemente presente en los misterios llenos de esperanza, para desvelar que es un don de Dios nuestro creer en *el conocimiento de la verdad* (cf. 1 Tm 2,4; 2 Tm 3,7; Hb 10,26). Porque aquellos que son dignos de ser fieles a Dios, [lo son] por causa de él y no por la fuerza de la naturaleza o de la voluntad y de la aplicación humana".

31 II, V,27.

Señor, cubre con tu sombra (cf. Lc 1,35) a tu santa Iglesia rescatada por tu sangre, y concédele la paz verdadera, aquella que tú confiaste a tus santos apóstoles. Une entre sí a todos sus hijos con los lazos santos de un amor indefectible; que el enemigo no domine sobre ella; aleja de ella la persecución, los disturbios y las guerras, en el interior y en el exterior. Que los reyes y los sacerdotes estén asociados, en gran paz y amor, con su pensamiento siempre ocupado en dirigir hacia ti su mirada. Que la fe santa sea un refugio para tu rebaño y también para mí, pecador. Gracias a sus plegarias, hazme digno de ser custodiado sin cesar bajo la protección de tu santo brazo, tu providencia que todo lo tiene en sus manos. Amén³².

Yo te suplico y te imploro: concede conocer tu gloria a todos aquellos que se han perdido fuera [de tu Iglesia], y que no te conocen verdaderamente³³.

Para todos los que han abandonado este mundo carentes de una buena conducta y sin la fe, sé para ellos un abogado, por causa del cuerpo que has asumido entre ellos por tu encarnación, para que podamos ofrecer gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, a partir de la sola y única asamblea que vive en la concordia, la del cuerpo de este mundo unida con el reino de los cielos, que es consuelo sin fin, por los siglos de los siglos. Amén³⁴.

– Oración de silencio más allá de la oración, quietud escatológica y reserva de paz para la reconciliación del mundo, en este tiempo y en el infierno de la lejanía de Dios. La proclamación fuerte y constante de la victoria de la misericordia de Dios también sobre el infierno, que tendría por tanto un carácter de castigo temporal, ha suscitado en todo tiempo la polémica. ¿Es Isaac partidario de la antigua doctrina de la apocatástasis universal? Remito para esta difícil cuestión de la eternidad de las penas del infierno al capítulo

32 II, V,28.

33 II, V,29.

34 II, V,30.

correspondiente del estudio de Sabino Chialà³⁵. Me limito a subrayar la profunda visión de Isaac sobre el sufrimiento del infierno, que no viene provocado por un castigo vindicativo, sino por el dolor del amor fallido:

Yo, además, sostengo incluso que aquellos que son castigados en la Gehenna son atormentados por los latigazos de un amor ardiente (*hubba*). Son duros y amargos estos latigazos que proceden de la caridad –es decir, de aquello en lo que ellos sienten que han ofendido al amor–, más que los tormentos que proceden del temor. El sufrimiento que requema en el corazón, procedente de la ofensa contra el amor, es más agudo que cualquier otro tormento. Es torpe que uno piense que en la Gehenna los pecadores están privados del amor hacia el Creador³⁶. El amor, efectivamente, es engendrado por el conocimiento de la verdad, la cual confesamos que ha sido dada a todos de un modo universal. El amor, en su potencia, actúa de dos modos. Atormenta a quien ha faltado, como le sucede también aquí en la tierra a un amigo con su amigo; alegra, por el contrario, el amor a aquellos que han observado lo que le es debido. Sucede también así en la Gehenna: afirmo que la dureza del tormento está constituida por el arrepentimiento que procede del amor, mientras que el gozo que hay en él embriaga el alma de los hijos de lo alto³⁷.

La misericordia de Dios cubre el pecado para que el amor recibido trabaje en el corazón del hombre pecador las vías de la redención, la curación y el cumplimiento de la vocación divina de la criatura³⁸.

35 CHIALÀ, "Condanna e promessa", en: *Dall'asceti eremitica alla misericordia infinita*, 269-276.

36 Literalmente: "Hacedor".

37 I, XXVII, p. 201.

38 Es importante, en este contexto, la aparición de la figura de Isaac el Sirio en un momento culminante de la novela de Dostoiévski *Los hermanos Karamázov*: "Volvió a señalar los billetes con un movimiento de cabeza. Se levantó con la intención de dirigirse a la puerta para llamar a María Kondrátiévna y pedirle que preparara y trajera limonada; pero buscando con qué cubrir el dinero para que aquella no lo viera, se sacó del bolsillo un pañuelo, y como también lo tenía muy sucio, tomó de la mesa el grueso libro amarillento, el único que había y en el que se había fijado Iván al entrar; lo puso sobre el dinero, apretándolo. El título del libro era: *Sermones de nuestro Santo padre Isaac el Sirio*. Iván Fiódorovich tuvo tiempo de leerlo maquinalmente". F. DOSTOYEVSKI, *Los hermanos Karamázov* (Madrid 2011) 989-990. Los Discursos del Doctor de la misericordia, descoloridos por el tiempo, cubren el dinero, testimonio del crimen cometido, en el intento de no publicar el

El objeto del presente artículo era ofrecer una pequeña antología de textos sobre la misericordia del gran padre de la Iglesia de Oriente, para que sea su voz la que se escuche, con sus acentos propios y también las cuestiones problemáticas que plantea. Sólo como orientación, transcribo al final de esta parte el resumen que hace Chialà de las líneas fundamentales de la teología de la misericordia en Isaac, en una presentación positiva de sus textos más polémicos. Invito así a la meditación del hermoso texto parenético que traduzco sucesivamente en el siguiente apartado, discurso al oído o para quien quiera oír, donde el santo solitario habla al corazón de los cristianos para que reflejen en sus actitudes vitales el mismo amor misericordioso de Dios hacia todos los que han pecado.

El largo discurso sexto [de la IIIª Colección] se detiene sobre la relación entre el amor incondicionado de Dios y el esfuerzo del hombre. Con un lenguaje que parece curiosamente anticipar la polémica católico-protestante del siglo XVI, Isaac afirma que la justificación del hombre es obra exclusiva de Dios y no de los esfuerzos humanos. Dice en una fórmula lapidaria, en la que retoma a Pablo: "Es gracias a lo que Dios obra en nosotros como somos justificados, y no gracias a aquello que nosotros obramos". Al hombre le es requerido tan sólo hacer espacio a esta salvación que le es donada, dejar una espiral a la gracia. Dios, de hecho, está siempre como en búsqueda de una vía cualquiera de acceso al corazón humano, y pone en ejecución todo "expediente" para poder encontrar esta puerta: la fe, la conversión o incluso el mero deseo de la conversión pueden proporcionarle a Dios este acceso. Puesta esta base, Isaac anuncia que también al final de los tiempos Dios actuará movido sólo por la misericordia; que también en el juicio será la gracia y no la justicia la que haga de juez. De aquí, de la contemplación de este misterio, se llega entonces a la comprensión del rostro auténtico de Dios: es decir, del hecho de que Dios ama a los pecadores; que para él ningún pecado vale cuanto aquel que lo ha cometido; que su gozo está en la salvación de la creación. Tal contemplación abre también al hombre la verdadera alegría: quien comprende

pecado, sino dejar aún posibilidad al perdón y al amor misericordioso, según la enseñanza del *stárets* Zosima, que en esta novela encarna en su vida y en sus palabras las líneas fundamentales del mensaje de misericordia de Isaac.

que Dios es bueno, se goza de ello con una alegría intensa y duradera. Es importante, después, señalar que una tal comprensión no empuja, como algunos podrían temer, a la relajación; más bien lleva a un mayor compromiso en la justicia. Quien, en efecto, ha experimentado el amor de Dios, busca no pecar más para no herir al amor que ha experimentado. Su actuar ético no tiene ya necesidad de ser “sostenido” por la amenaza de los castigos. A esta reflexión, el discurso XI le añade un nuevo jalón. Se decía que Dios, para poder justificar, tiene necesidad de encontrar una vía de acceso al corazón humano, y que esta vía puede ser proporcionada por la fe, por la conversión o por el simple deseo de conversión. Pero Isaac sabe bien que se da también la posibilidad de que este último falte, y de que entonces la cerrazón sea total. Entonces Dios encuentra un último expediente: la oración de intercesión en favor de los vivos y de los difuntos. Partiendo de la Escritura y sobre todo de los textos de la liturgia, en particular de la *Anáfora de Teodoro de Mopsuestia*... Isaac muestra cómo la ofrenda eucarística beneficia también a los difuntos. La eucaristía es celebrada de modo especial por los pecadores, vivos y muertos; e incluso si su discurso podría allanar el camino al pecado, él no tiene ninguna duda sobre la necesidad de no esconder esta verdad. No se puede callar la grandeza de la Economía divina, afirma Isaac. El discurso tiene un tono polémico, signo de que sus afirmaciones no eran compartidas por todos. Pero es precisamente en esta comprensión, había dicho Isaac al comienzo del discurso, donde se muestra verdadera la palabra de Pablo: “habéis resucitado con Cristo” (Col 3,1); haber resucitado significa tener una mente abierta a la comprensión de la auténtica Economía divina³⁹.

39 S. CHIALÀ, “Introduzione”, en: *Isacco di Ninive, Terza Collezione*, XVI-XVII.

II. UN TEXTO DE ISAAC DE NÍNIVE SOBRE LA JUSTICIA Y LA MISERICORDIA DE DIOS Y LA NECESARIA HUMILDAD DEL CRISTIANO

Discurso 50⁴⁰: *Sobre el daño que causa el celo desmesurado que se considera como un celo divino. Y sobre el auxilio que viene de la dulzura y de otras virtudes*

[El celo que condena viene de la enfermedad del alma]

Un hombre lleno de celo no alcanza nunca la paz de su conciencia.

Pero aquel que es extraño a la paz, es extraño al gozo.

Si la paz, como se dice, es la perfecta salud de la conciencia, y si el celo es contrario a la paz, se sigue que sufre de una gran enfermedad quien tiene un celo inicuo.

Oh hombre, tú que crees que tu celo se enfrenta justamente con las enfermedades de otro, en realidad con ello has expulsado la salud de tu alma. Preocúpate por tanto con esfuerzo de tu propia salud.

Si tú deseas curar a los enfermos, has de saber que los hombres tocados por la enfermedad tienen mayor necesidad de ser curados que de ser castigados.

O aún: desde el momento en que no socorres a los otros, te expones a ti mismo dolorosamente a una grave enfermedad.

No son señales de sabiduría lo que los hombres verán en tu celo, sino enfermedades del alma: la estrechez del sentimiento y una gran ignorancia.

El comienzo de la sabiduría de Dios es la indulgencia y la dulzura, que es lo propio de un alma grande y que carga con las enfermedades de los otros. Está dicho, en efecto: "Vosotros, que sois fuertes, cargad con las enfermedades de los débiles" (Rm 15,1), y: "Levantad en un espíritu de dulzura a quien ha caído" (Gal 6,1).

El Apóstol cuenta la paz y la paciencia entre los frutos del Espíritu Santo. Cuando el corazón se aflige por la enfermedad y la debilidad que impiden al cuerpo actuar de manera visible, la aflicción sustituye a todas las obras

40 BEDJAN, *1ª Colección*, 343-359. La edición griega de N. THEOTHOKIS (Lipsia 1770), divide este discurso en dos: 58 y 60. Los títulos entre corchetes son míos.

corporales. Estas obras, fuera de la aflicción de la conciencia, son como un cuerpo sin alma.

Aquel que está afligido en su corazón y deja vagar a sus sentidos, se parece a un enfermo que sufre en su cuerpo, pero permite a su boca el comer de todo alimento que le hace daño.

Quien está afligido en su corazón y deja vagar a sus sentidos se parece a un hombre que tiene un hijo único y que lo inmola poco a poco con sus propias manos.

La aflicción de la conciencia es un don precioso delante de Dios. Aquel que lo vive como conviene se parece a un hombre que mantiene la salud en sus miembros. Pero quien deja libre a su lengua para decir sobre los otros cosas buenas o malas no es digno de esta gracia. El arrepentimiento, desde el momento en que se habla demasiado, es un tonel agujereado. El amor del honor, desde el momento en que se murmura sobre los otros, es una espada recubierta de miel...

[No pueden permanecer juntas la misericordia y la justicia equitativa]

Las obras hechas sin compasión son a los ojos de Dios como un hombre que sacrifica a un hijo delante de su padre.

Aquel que está enfermo en su alma y corrige a otro, se parece a un hombre ciego que muestra a los otros el camino.

La misericordia y el juicio equitativo, si permanecen en una misma alma, son como un hombre que adora a Dios y a los ídolos en una misma casa. La misericordia es lo contrario del juicio equitativo. El juicio equitativo implica la repartición igualitaria de una medida semejante. Da a cada uno lo que merece, no se inclina ni a un lado ni al otro, ni es parcial en la retribución.

Pero la misericordia es una aflicción suscitada por la gracia, ella se inclina sobre todos los seres con un mismo afecto, se guarda de retribuir a quien es digno de castigo, y colma más allá de toda medida a quien es digno del bien. Si la misericordia está del lado de la justicia, el juicio equitativo está por tanto del lado del mal.

Como la hierba y el fuego no pueden permanecer en una misma casa, el juicio equitativo y la misericordia no pueden permanecer en una misma alma. Como un grano de arena no pesa tanto como el oro en abundancia, la necesidad del juicio equitativo de Dios no pesa tanto como su misericordia.

Como un puñado de arena que cae en el gran océano son las faltas de toda carne en comparación con la providencia y la piedad de Dios. Así como una fuente que mana copiosamente no podría ser obstruida por un puñado de polvo, así la compasión del Creador no podría ser vencida por la maldad de las criaturas.

Como un hombre que siembra en el mar y espera cosechar, así es aquel que guarda resentimientos y presenta, con todo, su oración.

Así como es imposible impedir elevarse a la clara llama del fuego, así nada podría impedir subir al cielo a la oración de los que se compadecen.

Así como el agua corre hacia abajo, así corre hacia abajo la fuerza del deseo pasional, cuando este ha encontrado un lugar en nuestros pensamientos.

Aquel que ha adquirido la humildad en su corazón está ya muerto al mundo. Y aquel que está muerto al mundo está muerto a las pasiones.

Aquel que ha hecho morir en su corazón todo lo que le es propio se ha librado del diablo. Pero aquel que porta consigo la envidia porta consigo al diablo.

[Obrar con humildad, y no con justicia, según el ejemplo de Cristo]

Hay una humildad que viene del temor de Dios, y hay una humildad que viene de Dios mismo. Está aquel que es humilde porque teme a Dios, y está aquel que es humilde porque conoce la alegría. El uno, aquel que es humilde porque teme a Dios, recibe la dulzura de los miembros, el buen orden de los sentidos y un corazón contrito en todo tiempo. El otro, aquel que es humilde porque conoce la alegría, recibe una gran simplicidad, un corazón dilatado al que ya nada retiene...

Bienaventurado aquel que ha encontrado en ti el puerto de todo su gozo. Amada por Dios tanto como la asamblea de los Serafines es la asamblea de los humildes. Y más precioso que un sacrificio puro es ante Dios el cuerpo casto. Porque los dos –la humildad y la castidad– preparan en el alma el premio que le otorga la Trinidad...

Si das alguna cosa a alguien que tiene necesidad, que el gozo de tu rostro vaya delante de aquello que le das, y con buenas palabras consuela su aflicción. Si actúas así, el gozo que habrá entonces en su conciencia, más que la satisfacción de la necesidad del cuerpo, será más importante que tu don.

El día en que abras la boca para acusar a alguien, considera que tú mismo estás muerto para Dios y eres vano en todas tus obras, aunque te parezca que tu pensamiento te ha llevado a hablar con todo derecho y para edificación. Porque ¿qué necesidad hay para alguien de destruir su propia casa con el fin de reparar la de su compañero?

El día en que te aflijas por alguien que está enfermo en su cuerpo o en su inteligencia, considera que aquel día tú eres un mártir, porque has sufrido por Cristo, y has sido digno de confesarle.

Acuérdate, en efecto, de que Cristo ha muerto por los pecadores, y no por los justos. Considera qué grande es esto. Es una gran cosa afligirse por aquellos que están tocados por el mal, y hacer el bien a los pecadores más que a los justos. El Apóstol lo recuerda como un gesto digno de admiración.

Si puedes en tu alma ser justo dentro de ti, no te ocupes de buscar otra justicia.

Que en todas tus obras resalten en ti la castidad del cuerpo y la pureza de la conciencia. Porque fuera de estas dos virtudes todo lo que hagas está vacío ante Dios. Sábetelo que es vana toda obra, todo lo conveniente que quieras, desde el momento en que la haces sin reflexionar sobre ella y sin examinarla. Porque Dios imputa la justicia al discernimiento, y no a la actividad confusa.

Una lámpara en el sol es el justo que no es sabio. Una semilla sobre la piedra es la oración de quien guarda resentimiento.

Un árbol sin frutos es el asceta sin compasión. Una flecha envenenada es el reproche que viene de la envidia.

Una trampa escondida es la alabanza del hombre astuto. Un consejero enloquecido es un guardián ciego.

Permanecer con los necios destruye el corazón. El comercio con los hombres inteligentes es una fuente dulce.

Un consejero sabio es un apoyo de esperanza. Un amigo loco y sin inteligencia dispensa el mal...

Siéntate con los buitres más que con el hombre ávido e insaciable. Sé el compañero del asesino, más que del hombre que ama la disputa...

Permanece en medio de los ultrajes, más que en medio de los orgullosos. Déjate perseguir, pero no persigas. Déjate crucificar, pero no crucifiques. Déjate insultar, pero no insultes. Déjate calumniar, pero no calumnies. Sé dulce, y no tengas ningún ardor para el mal.

[De la justicia a la misericordia]

La justificación es ajena a la vida de los cristianos. No es señalada por la enseñanza de Cristo.

Alégrate con los que están alegres. Y llora con los que lloran. Tal es el signo de la pureza. Sé un enfermo con los enfermos. Aflígete con los pecadores. Exulta con los que se arrepienten. Sé el amigo de todos los hombres. Pero permanece solo en tus pensamientos.

Participa de los sufrimientos de todos, pero permanece lejos de todos en tu cuerpo.

No reprendas a nadie, no fustigues a nadie, ni siquiera a aquellos que hacen mucho mal en su vida. Extiende tu manto sobre aquel que cae en la falta, y cúbrelo. Y si no puedes cargar sobre ti sus faltas, y recibir el castigo y la vergüenza en su lugar, por lo menos no le hagas más pesado su estado y no lo deshonres.

Has de saber, oh hombre, que nos es preciso permanecer en el interior de la celda por esta razón: no tenemos por qué conocer lo que los hombres hacen de mal. Entonces nuestra conciencia está pura, y consideramos que todos son santos y que todos son nobles. Pero si fustigamos con quejas, si reprimimos, si juzgamos, si examinamos, si castigamos, si nos lamentamos, ¿en qué difiere nuestra vida eremítica de la vida en las ciudades? ¿Hay algo peor que vivir en el desierto, si no abandonamos estas cosas?

Si no puedes mantener tu corazón en la *hesychía*, contén al menos tu lengua.

Si no puedes disciplinar tus pensamientos, disciplina al menos tus sentidos.

Si no estás unificado en tu inteligencia, al menos permanece unificado en tu cuerpo.

Si no puedes trabajar con tu cuerpo, al menos aflígete en espíritu.

Si por la noche no puedes velar en pie, vela sentado sobre tu lecho, o incluso acostado.

Si no puedes ayunar dos días seguidos, ayuna al menos hasta la tarde.

Y si no puedes ayunar hasta la tarde, vigila al menos para no comer demasiado.

Si no eres santo en tu corazón, al menos sé puro en tu cuerpo.

Si no te afliges en tu corazón, al menos reviste de duelo tu rostro.

Si no puedes compadecer, reconóctete al menos como un pecador.

Si no haces obra de paz, al menos no ames la querella.

Si no puedes hacer esfuerzos penosos, sé al menos diligente en tu corazón.

Si no consigues la victoria, no tengas el orgullo de oponerte a los culpables.

Si no puedes cerrar la boca de quien maldice a su compañero, al menos cállate y no andes de acuerdo con él.

Sé consciente de que si un fuego sale de ti y quema a los otros, Dios reclamará de tus manos las almas que tu fuego habrá hecho arder. Y si tú mismo no arrojas fuera el fuego, sino que eres concorde con el que lo extiende y te alegras de ello, serás solidario con su gesto en el Juicio.

Si amas la dulzura, permanece en paz. Busca la inteligencia, y no el oro. Revístete de humildad, y no de lino. Adquiere la paz, y no el reino del mundo.

Nadie tiene la inteligencia si no tiene la humildad. Aquel que no tiene la humildad no comprende nada. Y nadie es humilde si no está en paz. Aquel que no tiene la paz no puede ser humilde. Y nadie vive en el gozo si no tiene la paz.

[La esperanza en Dios y la aflicción de la conciencia]

Cualesquiera sean las vías por las que caminan los hombres en el mundo, no encontrarán en ellas la paz mientras no se acerquen a la esperanza en Dios. El corazón no está en paz, lejos de las penas y los obstáculos, mientras no haya alcanzado la esperanza. Pero cuando la ha encontrado, aquella le apacigua y le llena de gozo. Esto es lo que ha dicho la boca adorable, la boca colmada de santidad: “Venid a mí, vosotros todos que estáis cansados y agobiados, y yo os daré el reposo” (Mt 11, 28). Acércate, dice él, espera en mí, y descansarás de toda obra y de todo temor.

La esperanza en Dios eleva el corazón. Pero el temor del infierno lo quebranta. La luz de la conciencia engendra la fe. La fe engendra el consuelo de la esperanza. Y la esperanza fortalece al corazón. La fe es la revelación de la conciencia. Pero cuando se entenebrece la reflexión, la fe se esconde, el miedo nos domina y rompe nuestra esperanza.

La fe que viene de la enseñanza no libera al hombre del orgullo y de la duda. La fe que le libera es aquella que él puede ver en acción, y que despunta cuando él ha alcanzado la comprensión. Se llama conocimiento y manifestación de la verdad. En tanto que la inteligencia, en la reflexión del

conocimiento, no ha comprendido que Dios es Dios, su temor no se acerca aún al corazón. Pero cuando somos abandonados, entonces entramos en las tinieblas y perdemos esta inteligencia hasta que seamos humildes, y así nos adviene el temor de Dios, que nos lleva a la humildad y al arrepentimiento.

El Hijo de Dios ha sufrido la cruz. Nosotros, los pecadores, tengamos confianza en el arrepentimiento. Porque si la sola apariencia del arrepentimiento ha evitado al rey Ajab (cf. 1Re 21) la cólera de Dios, con mayor razón nuestro arrepentimiento, si es verdadero, no será en vano. Y si, cuando no decía la verdad, la apariencia de la humildad alejó de él la cólera, cuánto más esta se alejará de nosotros, que nos afligimos verdaderamente por nuestras faltas. La aflicción de la conciencia es suficiente. Ella sustituye por sí sola todas las obras del cuerpo...

[No despreciar al pecador, sino rezar por él]

No desprecies al pecador. Porque todos nosotros somos culpables.

Quizá por amor a Dios sentirás el impulso de alzarte contra él; pero tú llora más bien por él.

¿Por qué lo desprecias? Desprecia sus pecados. Y reza por él, con el fin de ser semejante a Cristo, que no se ha irritado contra los pecadores, sino que ha rezado por ellos. ¿No ves cómo ha llorado por Jerusalén?

Porque también nosotros, más de una vez somos burlados por el diablo. ¿Por qué despreciar a aquel que, como nosotros, ha sido burlado por el diablo, que se ríe de todos nosotros? ¿Por qué, oh hombre, despreciar al pecador? ¿Es porque no es justo como tú? Pero ¿dónde está tu justicia, desde el momento en que no tienes el amor? ¿Por qué no has llorado por él? Por el contrario, tú lo persigues.

Es por ignorancia por lo que se irritan algunos que creen tener el discernimiento de las obras de los pecadores.

Tú anuncia la bondad de Dios. Porque, mientras que tú eres indigno, él te dirige, y mientras que tú le debes todo, él no te reclama nada. Y por las pequeñas obras que tú haces, él te da en cambio grandes cosas.

[La justicia de Dios no es semejante a nuestra justicia]

No llares a Dios “justo”. Porque no es en aquello que es semejante a lo que tú haces donde es conocida su justicia. Si David le llama justo y recto, su Hijo nos ha revelado que es más bien bueno y dulce. Es bueno para los malvados y los impíos (Lc 6,35). ¿Cómo puedes llamar a Dios justo, cuando lees el capítulo sobre el salario de los obreros? “Amigo, no te hago injusticia, quiero dar a este último tanto como a ti. ¿Por qué ves mal que yo sea bueno?” (Mt 20,13).

¿Cómo se puede, igualmente, llamar a Dios justo, cuando se lee el capítulo del hijo pródigo que disipó la riqueza de su padre en el desenfreno: cómo, con solo mostrar su arrepentimiento, su padre corrió hacia él, se lanzó a abrazar su cuello y le dio pleno poder sobre toda su riqueza? No es otro quien nos ha dicho esto sobre Dios, para que pudiésemos dudar de ello. Es su Hijo mismo. Él mismo ha dado de Dios este testimonio. ¿Dónde está la justicia en Dios? ¿En que nosotros éramos pecadores, y que Cristo ha muerto por nosotros? Si Dios es compasivo aquí abajo, creemos que él no cambia nunca.

Lejos de nosotros tener nunca este pensamiento inicuo, y decir que Dios no se compadece. El ser propio de Dios no se cambia como cambian los seres que mueren. No debe adquirir nada que no tenga. Nada falta ni se añade a lo que él tiene, como les sucede a las criaturas. Sino que aquello que Dios tiene desde el comienzo, lo tendrá siempre hasta el final por la eternidad.

Y lo tiene como lo ha dicho el bienaventurado Intérprete (Teodoro de Mopsuestia) en su comentario del Génesis. Teme a Dios, dice, por amor, y no por causa de este duro nombre de justicia que le ha sido impuesto. Ámalo como debes amarlo, no por los bienes futuros que te dará, sino por aquello que ya hemos recibido, y solo por este mundo presente que ha creado con el fin de regalárnoslo. ¿Quién puede devolverle como pago todo aquello que ha hecho por nosotros? ¿Dónde se encuentra en nuestras obras algo que le podamos devolver? ¿Quién, en el comienzo, le persuadió de crearnos? Y ¿quién le reza en lugar nuestro, cuando nosotros carecemos de agradecimiento? Cuando todavía no éramos, ¿quién ha despertado a la vida nuestro cuerpo? Y ¿de dónde viene que caiga en el polvo el sentido del conocimiento? ¡Oh, la admirable misericordia de Dios! ¡Oh, maravilla de la gracia de Dios nuestro Creador! ¡Oh potencia que basta para todo! ¡Oh inconmensurable bondad, de la que reviste, para recrearla, nuestra naturaleza de pecadores! ¿Quién puede

decir su gloria? Él levanta a quien le ha ofendido y blasfemado, renueva el polvo sin alma, le da la conciencia y la razón, y de la inteligencia dispersa e insensible y de los sentidos vagabundos él hace una naturaleza dotada de razón y capaz de pensar. El pecador no está en disposición de comprender la gracia de su resurrección. ¿Dónde está el infierno, que pueda afligirnos? Y ¿dónde está la condenación, que nos horroriza de tantas maneras y vence sobre el gozo del amor de Dios? Y ¿qué es la Gehenna ante la gracia de la resurrección, cuando él nos elevará por encima de la condenación, cuando concederá a este cuerpo corruptible revestir la incorruptibilidad, y restaurará en la gloria al hombre caído en el infierno?

Oh, vosotros que tenéis el discernimiento, venid y admiraos. ¿Quién, dotado de una sabia y maravillosa inteligencia, admirará como lo merece la gracia de nuestro Creador? Esta gracia es la retribución de los pecadores. Porque en lugar de lo que ellos merecen con toda justicia, él les da a cambio la resurrección. En lugar de los cuerpos que han profanado su ley, él los reviste de la gloria de la incorruptibilidad.

Esta gracia –la resurrección que nos es concedida después de que hayamos pecado– es más grande que la primera, cuando nos creó mientras todavía no éramos.

¡Gloria, Señor, a tu gracia inconmensurable! Heme aquí, Señor, no puedo ya hacer otra cosa más que guardar silencio ante las oleadas de tu gracia. No me ha quedado ningún pensamiento que pudiera decirte la gratitud que te debo. ¿Con qué bocas podríamos confesarte, Rey bueno que amas nuestra vida? Gloria a ti en los dos mundos que tú has creado para nuestro crecimiento y nuestras delicias, introduciéndonos por el camino de todas tus obras al conocimiento de tu gloria, desde ahora y por siempre hasta la eternidad. Amén.

